

URGENTE

CONFIDENCIAL
SECRETO



Dossier documentos

De lo secreto A LO PÚBLICO

8. DIARIO DE UN
MILITANTE REVOLUCIONARIO

De agosto a octubre de 1975, Juan Martín Jáuregui -trabajador de Vialidad Provincial y militante del Movimiento Revolucionario 17 de Octubre-, escribió un diario que fue secuestrado por la policía tras destruir la casa en la que él se resistió a su detención hasta la muerte. En sus anotaciones, lo político y lo personal se funden revelando muchos de los rasgos de un tiempo urgente y convulsionado: los alcances de la represión estatal y paraestatal, las luchas, las esperanzas, las discusiones políticas, la certidumbre de ser perseguido, la voluntad de no entregarse.

Los dilemas y los riesgos

Por Laura Lenci

Como bien dice Beatriz Sarlo, uno de los rasgos principales del testimonio es su irrefutabilidad. No es posible refutar una experiencia individual porque su verdad radica, justamente, en la subjetividad. En este caso, nos enfrentamos con un documento peculiar: se trata de un diario íntimo en el que lo personal y lo político se funden, y así revelan muchos de los rasgos distintivos de un tiempo raudo y violento. El autor del diario, Juan Martín Jáuregui, fue muerto después de resistirse por más de un día a su detención desde su casa de la calle 47 entre 159 y 160 de Melchor Romero, partido de La Plata. Pero hay algo más: es un diario íntimo que no fue guardado por las manos amorosas de la familia. El diario fue secuestrado por la Policía de la Provincia de Buenos Aires de la casa, que fue prácticamente destruida por el accionar conjunto de la Policía y del Ejército Argentino, y guardado durante más de treinta años en el Archivo de la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (D.I.P.B.A.).

El diario cubre un período corto, desde el 8 de agosto hasta el 18 de octubre de 1975, pero recoge las esperanzas y los desánimos de un tiempo más largo y muy trágico de la Argentina. Todo esto de por sí justificaría el análisis de este documento; sin embargo, hay otro argumento y es que el rasgo más impresionante de este texto es lo que hemos decidido llamar “la fidelidad”. Recorrer sus páginas -páginas manuscritas que muchas veces muestran el apuro y la urgencia- nos permite recuperar mucho más que la subjetividad de su autor, lo que de por sí es mucho. Lo que la lectura del documento también despliega es la dimensión y los alcances de la represión estatal y paraestatal en esos meses.

Juan Martín Jáuregui va relatando, día a día, los problemas políticos con su propia organización en un contexto de acorralamiento. Muchas de las discusiones políticas del año 1975 están plasmadas en el diario: el militarismo de las organizaciones armadas, el alejamiento de las bases, las dificultades en sostener las luchas del movimiento obrero en un contexto represivo, las relaciones entre la teoría y la práctica revolucionarias, las necesidades –contradictorias– de no perder la organización y de descentralizar las estructuras debido al aumento de la represión. Decíamos, entonces, fidelidad. Y fidelidad en distintas dimensiones, porque el diario sintetiza fielmente muchos de los dilemas y de los riesgos de un militante revolucionario en la segunda mitad de 1975.

Con la perspectiva de más de treinta años de distancia, este diario puede ser leído como la crónica de una muerte anunciada, pero la tentación de las frases hechas no nos debe confundir: el diario de Jáuregui no nos muestra a un suicida que buscaba la muerte. Lo que el diario presenta es a un militante que, a pesar de dudas y divergencias, intentó sostener su compromiso en un momento en el que eso se tornaba cada vez más difícil.

El contexto represivo

...con colaboración de fuerza del Ejército fue tomada la finca...
(del parte de inteligencia de la D.I.P.B.A.)
Mesa D(s) Legajo 4361 a fojas 43

1975 fue un año duro. La represión estatal y paraestatal avanzaba de manera veloz. A principios de febrero de ese año, un decreto de la Presidencia de la Nación habilitó la participación de las Fuerzas Armadas en la represión en Tucumán, con la excusa del establecimiento de la Compañía de Monte Ramón Rosa Jiménez del Ejército Revolucionario del Pueblo. Empezaba así el tristemente célebre Operativo Independencia, que significó el establecimiento de los primeros centros clandestinos de detención en esa provincia. Como lo han demostrado las investigaciones posteriores, la represión no recayó solamente sobre los guerrilleros asentados en el monte tucumano, supuesto objetivo de las operaciones militares. Obreros, estudiantes, comerciantes, fueron arrancados de sus casas, de sus lugares de trabajo, de la calle y llevados a la Escuelita de Famaillá o al Regimiento Miguel de Azcuénaga, convertidos en centros clandestinos de detención. Así, al correrse los umbrales legales de la represión, se corrieron también los umbrales de la represión ilegal y se comenzó a consolidar un plan sistemático de aniquilamiento de las distintas formas de la actividad política y social en Tucumán.

Pero el resto del país no quedó ajeno a esta metodología. El 6 de octubre del mismo año, el presidente provisional, Italo Luder, amplió los alcances del Operativo Independencia a la totalidad del territorio nacional a través de la aplicación de los decretos 2770, 2771 y 2772, que no sólo dispusieron el empleo de las Fuerzas Armadas en todo el territorio del país, sino también la centralización en sus manos de la conducción de la represión.

Es en ese sentido que el año 1975 puede ser pensado como un tránsito acelerado en el accionar de la represión. Las formas paraestatales —la Alianza Anticomunista Argentina y los diversos nombres con que estos Comandos actuaron a lo largo del país, como el Comando Libertadores de América en Córdoba— se fueron fundiendo con las formas legales de la represión, que a la vez sobrepasaban las pocas garantías que las propias normas establecían. Se inauguraba así el accionar del terrorismo de estado. De esta manera se puede pensar en una espiral acelerada de estados de excepción que fueron minando las pocas garantías legales existentes hasta convertirlas en nada.

...la muerte de los 5 compañeros del P.S.T. es una clara muestra del interés del gobierno en apagar rápidamente y violentamente la pequeña chispa de este conflicto.
(del *Diario de Juan Martín Jáuregui*, entrada del 7 de septiembre de 1975, foja 46)

La región de La Plata, Berisso y Ensenada puede ser considerada una zona caliente. La activación política y social había alcanzado niveles muy altos, no sólo porque La Plata era la sede de la Universidad Nacional, sino también porque el área contaba con un cordón industrial bastante desarrollado. Así, se puede señalar la importancia de las tareas desplegadas por la Coordinadora Intersindical, que fue muy visible en la ola de huelgas y conflictos que se desarrollaron en junio y julio de 1975. En algunos casos, estos conflictos se extendieron en el tiempo, como el de la planta de Petroquímica Sudamericana en la localidad de Lisandro Olmos, que siguió tomada hasta octubre de ese año. Esta huelga en especial produjo una serie de acciones solidarias por parte de otros sectores de la militancia, y paralelamente produjo también una ola de terror por parte de las bandas parapoliciales, como las menciona Jáuregui en su diario. El jueves 4 de septiembre de 1975, cinco militantes del P.S.T. (Partido Socialista de los Trabajadores), Adriana Zaldúa, Hugo Frigerio, Roberto Loscertales, Ana María Guzner Lorenzo y Lidia Agostini, se dirigían a Petroquímica Sudamericana a llevar un aporte de la Universidad para el fondo de huelga de los obreros que ocupaban la fábrica, pero nunca llegaron. Sus cuerpos torturados aparecieron por la madru-

gada en La Balandra, un balneario situado sobre el río de La Plata, unos 20 kilómetros al su-
deste de la ciudad. Al día siguiente, tres militantes más del mismo partido, Oscar Lucatti,
Carlos Podevano y Patricia Claveri, fueron también secuestrados y asesinados.

El accionar de las Tres A no era una novedad. Desde mediados de 1973 actuaban en la Ar-
gentina las Tres A, *las tres Armas* en la fórmula de Rodolfo Walsh. Estaban compuestas
fundamentalmente por miembros de las fuerzas de seguridad y militantes de ultraderecha,
como algunos miembros de la Concentración Nacionalista Universitaria (C.N.U.) e incluso
parte del staff de la revista *El Caudillo*, vinculada al Ministro de Bienestar Social, José Ló-
pez Rega. A lo largo de 1974 fueron asesinados por esta organización, entre muchos otros,
el abogado y diputado nacional Rodolfo Ortega Peña, el abogado y profesor universitario
Silvio Frondizi, el ex subjefe de la policía de la Provincia de Buenos Aires, Julio Troxler y
el ex vicegobernador de Córdoba, Atilio López.

La Plata se había acostumbrado también al accionar de estos grupos, ya que habían sido
asesinados muchos militantes y activistas en la ciudad —por mencionar sólo algunos cas-
sos: el raid del 7 de agosto de 1974 en el que asesinaron a Horacio y Rolando Chaves, a Car-
los Pierini y a Luis Macor; el 8 de octubre de 1974 cuando cayeron Rodolfo Achem y Car-
los Miguel; o el 7 de diciembre de 1974, cuando mataron a Enrique Rusconi frente a su mu-
jer y sus hijas. Todos ellos tenían algún tipo de actividad política, aunque sus orígenes fue-
ran variados. El Viejo Chaves era un militante peronista que había participado en el levan-
tamiento del General Valle en 1956, Rodolfo Achem era secretario de la Universidad Nacio-
nal de La Plata y tenía fuertes vínculos con el gremio de trabajadores no docentes de la Uni-
versidad (A.T.U.L.P.), Enrique Rusconi era un conocido dirigente estudiantil del Partido Co-
munista Revolucionario (P.C.R.).

De acuerdo a una de las pocas investigaciones serias existentes sobre las Tres A —*La
Triple A*, Ignacio González Jansen, 1986, Buenos Aires-, el resultado fue de más de dos mil
muertos en treinta meses en todo el país. Jáuregui registra: *En septiembre, durante todo el
mes los muertos de todo el campo popular y revolucionario fueron 100, en octubre duran-
te la primera semana los muertos alcanzan a 112* (del *Diario de Juan Martín Jáuregui*, en-
trada del 9 de octubre de 1975, foja 54), y agrega cinco días después: *los muertos asesi-
nados por las bandas parapoliciales superan en dos años los 2.000, y todo indica que ca-
da día se agudiza más...* (del *Diario de Juan Martín Jáuregui*, entrada del 14 de octubre de
1975, foja 56).

Entonces, muchos activistas, de distintas filiaciones políticas y con diversas actividades,
se vieron acosados por ambos fenómenos, que pueden ser pensados como mutuamente
constitutivos: por un lado, el endurecimiento de las normas del estado respecto de la re-
presión; y por otro, por el aumento de los secuestros y asesinatos, en muchos casos pre-
cedidos por la tortura, por parte de bandas paraestatales.

*Los compañeros del lugar informan de la amenaza recibida por el compañero de la Inter-
na, el plazo vence mañana*, dice Juan Martín Jáuregui el 29 de septiembre de 1975. También
advierte *seguimos adelante con nuestra tarea política pese a las tensiones que existen, na-
da ha variado salvo algunos coches (raros). Los compañeros tomaron sus características,
se avanza en la conciencia de la autodefensa* (del *Diario de Juan Martín Jáuregui*, entrada
del 27 de septiembre de 1975, foja 52). Los autos raros, las amenazas y el asesinato de los
militantes del P.S.T. que estaban solidarizándose con la misma toma de fábrica en la que
Jáuregui estaba trabajando nos hablan de una de las formas de la represión. La otra viene
más claramente por parte del estado y el autor del diario así lo percibe:

*Los compañeros de M me avisan del peligro de un rastrillo y la situación evidentemente
se está agudizando. La represión cada día centra más su atención en una tarea de aniqui-
lamiento de toda actividad política revolucionaria* (del *Diario de Juan Martín Jáuregui*, en-
trada del 26 de septiembre de 1975, foja 52). *Las FF.AA. han tenido que adecuar la decisión
de tener que participar en forma directa* (del *Diario de Juan Martín Jáuregui*, entrada del 8
de octubre de 1975, foja 54). Finalmente, después de una cita frustrada con un compañero,
advierte: *Estoy siendo controlado* (del *Diario de Juan Martín Jáuregui*, entrada del 17 de oc-

tubre de 1975, foja 58). Ese día comienza el operativo que termina con su muerte.

A las 17:30 hs. del 18 de octubre, Juan Martín Jáuregui escribe: *Querida Compañera: creo que no debo abandonar este lugar y presiento que no te volveré a ver pero no quiero que sufras por mi muerte...* Su autor está rodeado por la Policía de la Provincia de Buenos Aires y escribe –sigue escribiendo– unos pocos párrafos. En esas líneas, que son las últimas, se despide de su familia y de sus compañeros. Pero esta despedida, que al mismo tiempo es un legado, concentra los contenidos y las formas del diario: la pasión, la urgencia, el amor, la voluntad, las ideas.

El 19 de octubre, la Policía, junto con tropas del Regimiento 7 Coronel Conde del Ejército Argentino, rodean la casa y la atacan. El sitio –por la resistencia que Jáuregui ejerce desde su interior– dura más de un día. Hasta que, a causa de la notoria superioridad numérica y en armamentos, los atacantes se imponen. La casa es prácticamente destruida y Jáuregui muerto. El correspondiente parte policial consigna que *en la finca se procedió al secuestro de material bibliográfico que en estos momentos está siendo examinado y evaluado*: es decir, este diario que aquí se comenta y del cual se reproducen algunas páginas.

Juan Martín Jáuregui y la militancia revolucionaria

...cabe por último destacar que el reducto guerrillero pertenecería al FR 17 Frente Revolucionario 17 de Octubre, ex MR 17- Movimiento Revolucionario 17 de Octubre (del parte de inteligencia de la D.I.P.B.A.) Mesa D(s) Legajo 4361 a fojas 43

Juan Martín Jáuregui fue un trabajador de Vialidad y militante de larga data del Movimiento Revolucionario 17 de Octubre. A lo largo de su corto diario podemos encontrar datos ciertos de su compromiso militante y muchos de sus planteos políticos respecto del momento que está viviendo. Escribe el 18 de octubre que tiene 20 años de lucha, de sobresaltos y de tensiones. Hay un elemento especialmente impresionante en el diario de Jáuregui: es que su autor está en el proceso de separación de la organización a la que pertenecía, que poco tiempo antes se había fusionado con el Frente Revolucionario Peronista conformando el Frente Revolucionario 17 de Octubre. Que el autor del diario esté en crisis con la organización impresiona porque ese hecho convierte al texto en el relato pormenorizado de una crisis, de un momento crispado en lo individual, pero también en lo colectivo. Pero en el caso de Jáuregui las diferencias no opacan la necesidad de la construcción común. En la carta final del diario no sólo deja *a mis compañeros de organización un abrazo militante y revolucionario*, sino que también expresa *mi admiración y orgullo por su comportamiento a todos los compañeros trabajadores, mi solidaridad en la lucha que ellos llevarán a la victoria*.

El M.R.17, donde militaba Juan Martín Jáuregui, fue el nombre que adquirió el Movimiento Revolucionario Peronista (M.R.P.) en 1970. Había sido creado por un mítico dirigente de la Resistencia Peronista, Gustavo Rearte. Esta organización, que no negaba la lucha armada, tenía sí un fuerte contenido basista. Las vinculaciones entre las distintas formas de lucha y la relevancia dada a la actividad fabril fue uno de los ejes de la organización. Hay un documento bastante conocido de Gustavo Rearte, *Violencia y tarea principal*, que tiene el claro objetivo de plantear cuáles son las condiciones en las que consideraba lícita la lucha armada. En ese documento se enfatizaba que la lucha armada no sólo no debe ni puede desarrollarse fuera del marco de la lucha política de las masas, sino que la de éstas debe contar con la orientación y dirección permanente de su organización político-militar. El M.R.17 era una organización relativamente pequeña, sobre todo si la comparamos con las organizaciones peronistas que tuvieron mayor crecimiento y visibilidad desde principios de la década de 1970, es decir Montoneros y sus organizaciones de superficie. Sin embargo, la larga trayectoria del M.R.17, que se entronca con la resistencia peronista, con John William Cooke y el peronismo revolucionario, aportó un bagaje fuertemente popular. Si bien la

acción directa no era negada, ésta debía estar fundada en un trabajo con las masas trabajadoras.

Y éstas son las preocupaciones políticas que acompañan a Jáuregui en sus últimos días. Jáuregui plantea la necesidad de *ligar y profundizar un trabajo serio entre las masas* (del *Diario de Juan Martín Jáuregui*, entrada del 15 septiembre de 1975, foja 49). Su preocupación es fortalecer las luchas obreras en la zona, sobre todo la de Petroquímica Sudamericana. Discute con sus compañeros del F.R.17 acerca de la inserción en el ámbito fabril y la necesidad de darse una política clara hacia sectores que no están en condiciones de asumir la lucha armada. En reiteradas entradas del diario, Jáuregui resalta la importancia de las tareas desarrolladas por una compañera a la que no le gusta mucho leer pero que está siempre dispuesta a organizar actividades y es solidaria con todos sus compañeros. Resalta también que las actividades clandestinas no son para cualquiera, y que una cuestión central es mantener actividades que integren a cada uno de acuerdo a sus posibilidades y que apunten a la toma de conciencia por parte de los trabajadores. Jáuregui percibe que una cuestión difícil de resolver es la relación entre una organización política y las masas trabajadoras, y que el riesgo simétrico es caer en actitudes demasiado centradas en la acción espontánea de las bases, o convertirse en una vanguardia iluminada que pretenda imponer sus proyectos a las masas.

También discute con miembros de otras organizaciones —por ejemplo, del Partido Revolucionario de los Trabajadores— y cuestiona los rasgos militaristas que encuentra en algunas posiciones que implican la subordinación de lo político a lo militar. Este tipo de planteos se hace frecuente en algunas organizaciones respecto del accionar armado en ese momento. De hecho, ése es el cuestionamiento central que Roberto Quieto, un histórico dirigente de las Fuerzas Armadas Revolucionarias y miembro de la conducción nacional de Montoneros, hace a su propia organización al mismo tiempo.

Ante acontecimientos como el copamiento del Regimiento de Formosa por parte de Montoneros a principios de octubre, Jáuregui plantea que *algo no está, al menos por ahora, muy claro, la razón política*, aunque lo evalúa como un triunfo militar de las organizaciones revolucionarias (Del *Diario de Juan Martín Jáuregui*, entrada del 6 de octubre de 1975, foja 54). Pero a pesar de todas sus críticas y divergencias, Jáuregui reflexiona acerca de la necesidad de mantener el compromiso revolucionario. Jáuregui se da cuenta de que uno de los desafíos es *combinar la acción descentralizadora de una concepción centralizada* (del *Diario de Juan Martín Jáuregui*, entrada del 10 de octubre de 1975, foja 53) y también que *uno de los problemas cruciales que tienen las organizaciones es que no se corresponde el desarrollo militar alcanzado con el desarrollo político por alcanzar* (del *Diario de Juan Martín Jáuregui*, entrada del 9 de octubre de 1975, foja 55).

Jáuregui, a pesar de sus diferencias políticas, sigue considerando imperativa la confluencia de las organizaciones populares para resistir las andanadas represivas. Hay un proyecto común al que abonar y que no puede ser velado por las divergencias. Un dato llamativo es que a lo largo de su diario todos los militantes y todos los trabajadores son los compañeros. Este tratamiento es esperable en un documento público, pero en este caso se trata de un texto que tiene un único lector: él mismo.

Y ésta es una de las características desafiantes para cualquier otro lector del texto. Sin embargo, el acto de hacer público este documento privado contiene una intención reparatoria que comenzó con la entrega del diario a la familia de Juan Martín Jáuregui, y que continúa con la posibilidad de recuperar su voz. La voz de una víctima de la represión, pero también la voz de un militante de base. No es frecuente acceder a las opiniones y menos aún a los pensamientos íntimos de un trabajador y de un militante en un momento tan crítico. El diario se constituye así en una fuente privilegiada para reconstruir los dilemas políticos de un militante revolucionario que deja, como último legado, el sueño de *un futuro en el que exista una sola clase y una única raza, la clase de los trabajadores y la raza de la humanidad socialmente liberada y redimida de toda explotación*.

Una reflexión final: los derroteros de la palabra

*Si abrí los labios para ver el rostro
puro y terrible de mi patria,
si abrí los labios hasta desgarrármelos,
me queda la palabra.
En el principio, Blas de Otero*

El *Diario de Juan Martín Jáuregui* nos revela un recorrido en el que las palabras son sustraídas, como los cuerpos y muchos de los hijos de los desaparecidos. Las palabras devienen, también, botín de guerra. Pero ésa es sólo una de las estaciones del recorrido de las palabras.

Intentemos reconstruir ese recorrido para recuperar su singularidad. Primero Jáuregui toma la palabra, y éste es un acto revolucionario en sí mismo. En general, cuando se analiza la militancia revolucionaria de los años sesenta y setenta se la piensa como una práctica que apuntaba, fundamental o solamente, hacia la toma del poder. Sin embargo, como decía Michel de Certeau, la toma de la palabra debe ser pensada también como un acto central. No sabemos si en otros momentos de su vida Jáuregui escribió un diario. Tampoco sabemos si escribió algo más que el diario de sus últimos días. Sabemos, eso sí, que en agosto de 1975 tomó la palabra y registró los dilemas y los riesgos del tiempo que le tocaba —y que eligió— vivir.

Una segunda estación es la sustracción y la desaparición de la palabra. El acto violento de la toma de la casa de Jáuregui por parte de las fuerzas de seguridad desaparece a la palabra, que queda presa de la Policía durante años. En el legajo de la D.I.P.B.A. hay recortes de diarios de esos días que dan cuenta del operativo. Los titulares y los cuerpos de las notas hablan de *reducto de extremistas*, de *el sedicioso*, es decir que le otorgan otras palabras al hecho. Y con esas palabras le quitan visibilidad a Jáuregui, porque le quitan sus propias palabras. Llama la atención que un hecho tan impresionante —una casa atacada por cantidad de tropas en un barrio popular y casi destruida— haya quedado casi invisible en la memoria local. Tal vez la rutinización de la barbarie la invisibilice, y sólo una memoria obstinada pueda mantener su verdadera dimensión. Tal vez la naturalización de la represión —aquí no pasa nada— se acentúe cuando el hecho represivo está dirigido a un trabajador, que además era militante de una organización chica, es decir un hecho dirigido a uno de aquellos que no suelen tener voz y que no suelen tomar la palabra.

Como decía, el Diario permanece secuestrado por la Policía durante muchos años hasta que en septiembre de 2006 es devuelto a Martha, la hija de Jáuregui. Ésta es la última estación del recorrido de la palabra, porque su recuperación devuelve visibilidad a quien la emplea. Pero al mismo tiempo se instituye como el reconocimiento de lo que se habla, en este caso la militancia y la represión. En esta nueva toma de la palabra la reparación entra en escena en, al menos, dos formas: no sólo devuelve la voz a un hombre que quiso hablar/decir, sino que nos devuelve a todos la posibilidad de conocerlo y reconocerlo. Nos queda la palabra.

Laura Lenci es responsable del Área Centro de Documentación y Archivo de la Comisión Provincial por la Memoria.

Castro nos a la Represion
 191/1913 Hacia 1930
 En la guerra civil que se
 deba a nosotros este lugar y por
 esto que no te volvieras a ver
 por no querer que supiera por
 mi muerte pero si iba de nuevo
 en combate es lo nuestro mas
 Honroso, a lo que puede aspirar
 Todo militante revolucionario que
 este combatiendo de la guerra
 que ha y de la guerra civil
 el sistema es quien nos llama
 mente se encarga de demostrar
 la seguridad de la victoria
 revolucionaria Trabajadora y
 socialista, con el Poder
 nimiento de las FF.AA. y Gu
 nalian en sus manos de
 los resortes que lo permiten
 centraliza y centraliza la
 misma, plega a todo no puede
 luchar ni detener nuestra avan
 ce aunque en que la lucha de
 pueblo ven cona, que sido compa
 ñera pero a que casi nunca
 te lo he dicho justo a ti
 he vivido febril y si no he podido
 brindarles mas tiempo a esa fe
 sidad a sido por que 20 años
 de lucha se sabian, y se
 tensiones no han sido el mayor

Dossier documentos
 El caso Jáuregui
 De lo secreto
 a lo público

marco para los partidos, a quienes
 luego de admision y los cuales
 quedo su comportamiento, a todos
 los compañeros Trabajadores en
 su totalidad por la lucha que ellos
 llevaron a la victoria, a sus
 compañeros de organizacion en
 el campo militar y revolucionario
 a los compañeros que nos colaron
 el brazo y como bombalero en
 el lado de victoria para que tu
 -lo sepan y se lo hagan bien
 a cada habitante en donde exista un
 Trabajador a cada habitante a donde
 exista un alfabeto a cada
 habitante en donde exista un agua
 fría sin plata ni posibilidades de
 carencia, y se lo terminas a
 cada niño una buena abundancia
 o bienestar para que sus ille-
 -compañados el valor de tener
 palabras tanta ingenuidad, la educacion
 y de si su libertad en la realidad
 de una patria nueva sin
 explotados precarios ni casta
 y una sola clase y una unica
 raza, la clase de los Trabajadores
 y la raza de la Humanidad
 socialmente liberada y Redimida
 de toda explotacion, y
 patras o muerte de nosotros
 y sus hijos

Dossier documentos
 El caso Jáuregui
 De lo secreto
 a lo público

Martha Jáuregui, hija de Juan Martín

“Todas las noches mi padre escribía”.

Entrevista Ingrid Jaschek



Llega al archivo. Lo recorre con la mirada. Se sienta y comienza a hojear el legajo de su padre, Juan Martín Jáuregui.

Se detiene. En sus manos tiemblan unos recortes de diarios amarillentos. En voz alta, comenta un artículo, ilustrado con la foto de los restos de aquella casa construida por el padre con bloques, también hechos por él, con la ayuda de Carmen, Juan y ella, Martha, sus hijos.

“En un espectacular procedimiento, volaron un reducto extremista...¡Qué lamentables

los títulos de los diarios! Porque ese reducto extremista era mi casa, donde vivíamos con mi mamá y mis dos hermanos...”.

“Esto, aparentemente, es un escrito de puño y letra, es como una especie de diario que iba haciendo a partir del día 8 de agosto de 1975. Lo escribí hasta horas antes de que lo mataran, porque acá figura como que el día último que escribí fue el 18 de octubre del ‘75, y a él lo mataron el día 19 cerca del mediodía”.

Vuelve a sus recuerdos. Muy adentro. Los trae. Los comparte:

“Mi papá era, no sé si decir dirigente, pero sí alguien muy querido en el barrio por su actividad social. Trabajaba en Vialidad, tenía actividad gremial con los compañeros de Petroquímica Sudamericana, y el trabajo que hacía desde mi casa era darle la merienda o el desayuno a los chicos del barrio para ayudar a sus papás. Realizaba los días del niño juegos y entretenimientos, repartía juguetes. Era militante del Movimiento Revolucionario 17 de Octubre”.

“El día 16 la policía levanta a dos compañeros que se encontraban pintando por el 17 de octubre. Creo que a raíz de las torturas han dado la dirección de mi domicilio, acá en La Plata, en el barrio El Retiro, y vinieron compañeros de la organización para contarle a mi papá, que puso a resguardo a mi mamá, a mis dos hermanos y a mí. Aunque él nos abrazó muy fuerte y nos dijo ‘vayan tranquilos que yo a la noche voy a ir a cenar’, yo presentí que algo había pasado cuando vinieron los compañeros y le dijeron *Negro, te tenés que ir porque te van a venir a buscar*, y él dijo que de la casa no se iba a ir, que no se iba a entregar y por más que lo torturaran, a él no le iban a sacar ningún nombre, apellido ni dirección de ningún compañero. Esa conversación yo la escuché. No me fui tranquila. Yo era la más grande, tenía 16 años, y me interesaba más por todo lo de mi papá. A veces hasta lo acompañaba a repartir volantes”.

“Mi mamá al día siguiente se llegó hasta mi casa, mejor dicho hasta unas cuantas cuadras de casa, porque estaba todo rodeado y se escuchaba el tiroteo. Estuvieron parte del día 17, desde las 23 horas, que fue cuando cayeron a buscarlo. Preguntaron en la casa de mi abuelo, que vivía en una casilla al lado. Mi abuelo Martiniano Máximo Jáuregui respondió que hacía varios días que no lo veía. Ahí lo esposaron, lo ataron a un árbol y estuvo esa noche, y todo el 18 que se estuvieron tiroteando, ahí atado. Lo tuvieron luego preso en la comisaría 8ª y después pasó a la Unidad 9, con 70 años encima, con su enfermedad a cuestas, porque era insulino dependiente y con problemas cardíacos. Lo hacían bañar con agua fría en pleno invierno y le aplicaban tortura en los genitales. En el ‘79 le dieron una libertad vigilada por sus problemas graves de salud y fue internado en el Hospital San Martín, donde murió en noviembre del ‘80”.

“El día 19 de octubre dinamitaron (sic) la casa porque mi papá no se entregaba. Para esto participó de lleno el Regimiento 7 de Infantería. Utilizaron muchísima carga de trotyl. Se produjo la destrucción total de la casa. Ahí pudieron entrar y encontraron el cuerpo de mi padre en el comedor, debajo de una mesa, empuñando una escopeta. Había resistido a los que, por lo que nos dice la gente del barrio, eran cerca de doscientos efectivos. El cadáver lo entregaron a cajón cerrado porque el cuerpo estaba hecho un colador. Fue con tremenda saña lo que hicieron”.

“Decidí venir a este Archivo a pedir los datos de mi padre a partir de un homenaje que se hizo en Vialidad a todos los muertos y desaparecidos. Yo no tenía nada de cómo habían sido los hechos; nosotros nos habíamos tenido que alejar de La Plata por mucho tiempo. Querría investigar más. Saber más. Saber si hay compañeros de él vivos. Fue fuerte encontrarme con este diario. Me ayudó a reflexionar cómo, con segundo grado, él tenía una claridad y una inteligencia que a veces no te dan los libros sino la práctica política. Encontrarme con el diario me ha permitido convertir en fuerza el dolor. Para transmitirlos a todos aquellos que, por su dolor, prefieren decir ‘esto pasó’ y dar vuelta de hoja, que toda la sociedad, el país, el pueblo entero, deben enterarse que treinta mil dieron la vida por un mundo mejor. En mi caso, mi padre y mi abuelo, y que por eso estoy orgullosa de llevar su apellido”.